

Textos de T. MAQUIAVELO

Nace de aquí una cuestión ampliamente debatida: si es mejor ser amado que temido o viceversa. Se responde que sería menester ser lo uno y lo otro; pero, puesto que resulta difícil combinar ambas cosas, es mucho más seguro ser temido que amado cuando se haya de renunciar a una de las dos. Porque en general se puede decir de los hombres lo siguiente: son ingratos, volubles, simulan lo que no son y disimulan lo que son, huyen del peligro, están ávidos de ganancia; y mientras les haces favores son todo tuyos, te ofrecen la sangre, los bienes, la vida, los hijos -como anteriormente dije- cuando la necesidad está lejos; pero cuando se te viene encima vuelve la cara. Y aquel príncipe que se ha apoyado enteramente en sus promesas, encontrándose desnudo y desprovisto de otros preparativos, se hunde: porque las amistades que se adquieren a costa de recompensas y no con grandeza y nobleza de ánimo, se compran, pero no se tienen, y en los momentos de necesidad no se puede disponer de ellas. Además los hombres vacilan menos en hacer daño a quien se hace amar que a quien se hace temer, pues el amor emana de una vinculación basada en la obligación, la cual (por la maldad humana) queda rota siempre que la propia utilidad da motivo para ello, mientras que el temor emana del miedo al castigo, el cual jamás te abandona. Debe, no obstante, el príncipe hacerse temer de manera que si le es imposible ganarse el amor consiga evitar el odio, porque puede combinarse perfectamente el ser temido y el no ser odiado. Conseguirá esto siempre que se abstenga de tocar los bienes de sus ciudadanos y de sus súbditos, y sus mujeres. Y si a pesar de todo le resulta necesario proceder a ejecutar a alguien, debe hacerlo cuando haya justificación oportuna y causa manifiesta. Pero, por encima de todas las cosas, debe abstenerse siempre de los bienes ajenos, porque los hombres olvidan con mayor rapidez la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio. Además, motivos para arrebatar los bienes no faltan nunca y el que comienza a vivir con rapiña encontrará siempre razones para apropiarse de lo que pertenece a otros; por el contrario motivos para ejecutar a alguien son más raros y pasan con más rapidez. Pero cuando el príncipe se encuentra con los ejércitos y tiene a sus órdenes multitud de soldados, entonces es absolutamente necesario que no se preocupe de la fama de cruel, porque de lo contrario nunca mantendrá al ejército unido ni dispuesto a acometer empresa alguna (...).

Concluyo, por tanto, volviendo a lo relativo a ser amado y temido, que -como los hombres aman según su voluntad y temen según la voluntad del príncipe- un príncipe prudente debe apoyarse en aquello que es suyo y no en lo que es de otros. Debe tan sólo ingeniárselas, como hemos dicho, para evitar ser odiado
(El Príncipe)

Todos los escritores que se han ocupado de política (y la historia está llena de ejemplos que lo confirman) concuerdan en decir que el que se proponga fundar un Estado y dotarlo de leyes debe suponer de antemano que los hombres son malvados y dispuestos siempre a mostrar su maldad tantas veces como la ocasión se les presente. Si esta inclinación permanece oculta por algún tiempo, hay que atribuirlo a una razón que no se conoce aún y creer que no ha encontrado la ocasión de revelarse; más el tiempo, que como se dice es el padre de toda verdad, se encargará de sacarlo a la luz del día. Después de la expulsión de los Tarquinos, parecía reinar la más grande unión entre el senado y el pueblo. Los nobles tenían el aire de haberse despojado de todo su orgullo y adquirido maneras populares que los hacían soportables incluso a los ciudadanos de más baja condición. Fingían este papel y su motivo no se adivinó mientras vivieron los

Tarquinos. La nobleza, que desconfiaba de éstos y temía igualmente que el pueblo maltratado no se alineara con su partido, se comportaba con éste con humanidad. Mas cuando la muerte de los Tarquinos los liberó de este temor, la medida en su trato con el pueblo fue tan escasa como grande había sido su esfuerzo por contenerse, y no dejaron ocasión de humillarlo y sojuzgarlo. Lo cual es una prueba de lo que habíamos avanzado: que los hombres no hacen el bien mas que cuando se ven forzados, pero en el momento en que tienen la ocasión y la libertad de cometer el mal con impunidad, no se privan de sembrar por todas partes la violencia y el desorden.
(Discursos sobre la primera década de Tito Livio)

El Príncipe no debe preocuparse de la fama de cruel si con ello mantiene a sus súbditos unidos y leales; porque con poquísimos castigos ejemplares, será más compasivo que aquellos que, por excesiva clemencia, dejan prosperar los desórdenes de los que resultan asesinatos y rapiñas; porque éstos suelen perjudicar a toda una comunidad, mientras que las ejecuciones ordenadas por el príncipe perjudican tan solo a los menos (...)
Surge de esto una duda: si es mejor ser amado que temido o viceversa. La respuesta es que convendría ser lo uno y lo otro; pero como es difícil combinar ambas cosas, es mucho más seguro ser temido que amado si es que hay que prescindir de una de las dos. Porque de los hombres, en general, se puede decir esto: que son ingratos, volubles, hipócritas, falsos, cobardes ante el peligro y ávidos de ganancias; y mientras los favoreces, son todo tuyos, te ofrecen su sangre, sus bienes, la vida e incluso los hijos, como ya dije antes, mientras no los necesitas; mas cuando llega el momento, te dan la espalda. Y aquel príncipe que lo ha fundado todo en promesas, encontrándose falto de otro apoyo, fracasa; porque las amistades que se adquieren con dinero y no con grandeza y nobleza de ánimo, se compran pero no se tienen, y en los momentos de necesidad no puedes contar con ellas. Además los hombres tienen menos miedo de ofender al que se hace querer que al que se hace temer; porque el amor está mantenido por un vínculo de obligación que, dada la malicia humana, se rompe por cualquier motivo de utilidad propia; pero el temor se mantiene gracias al miedo al castigo que no nos abandona jamás.
(El príncipe)

Todos sabemos cuán loable es en un príncipe mantener la palabra dada y vivir con integridad y no con astucia; sin embargo, se ve por experiencia en nuestros días cómo aquellos que han tenido muy poco en cuenta la palabra dada y han sabido burlar con astucia el ingenio de los hombres, han hecho grandes cosas superando al final a aquellos que se han basado en la lealtad.

Debéis, pues, saber que hay dos modos de combatir: uno con las leyes, el otro con la fuerza; el primero es propio de los hombres, el segundo de las bestias; pero puesto que el primero muchas veces no basta, conviene recurrir al segundo. Por lo tanto es necesario que un príncipe sepa actuar según convenga, como bestia y como hombre. Este punto ha sido enseñado de manera velada a los príncipes por los escritores antiguos, que nos cuentan cómo Aquiles y otros muchos príncipes de tiempos pasados fueron llevados al centauro Quirón para que fueran instruidos bajo su disciplina. El hecho de tener por preceptor a un ser que es medio bestia y medio hombre, no quiere decir otra cosa sino que el príncipe necesita saber usar la naturaleza de uno y otra y que sin ambas naturalezas no podrá conservar su poder. Estando, pues, obligado el príncipe a saber comportarse a veces como una bestia, deberá elegir entre ésta a la zorra y al

león; porque el león no sabe defenderse de las trampas, ni la zorra de los lobos. Es pues necesario ser zorra para conocer las trampas y león para atemorizar a los lobos. Los que sólo quieren imitar al león no saben lo que traen entre manos.
(El príncipe)